

Importancia de la lectura en el proceso educativo

Por Juan A. NARANJO y Fernando VILCHES

Vamos a acercarnos a este tema eludiendo la concurrencia de comentarios especializados que serían la base para fragmentar este estudio en subtemas, cada uno susceptible quizá de un libro.

Se trata de abordar el hecho de manera general, señalando las notas más características que inciden en él; por tanto, el punto de vista variará a lo largo del artículo, aparecerán aspectos puramente sociológicos, otras veces anotaremos momentos del proceso psicológico que implica la lectura. Esto sin perder el norte que guía y motiva estas líneas, que no es otro que reivindicar, de manera razonada y sistemática, la importancia definitiva que en el proceso educativo tiene la lectura, y muy especialmente de la lectura de textos literarios.

Dámaso Alonso afirma (1), y es un hecho de experiencia de comprobación empírica, que "la lectura modifica al hombre en su inteligencia, en sus aspectos y en su voluntad. Toda la esfera moral de nuestro ser".

Ciertamente, en los programas oficiales de lengua y literatura se ha avanzado en este terreno, concediendo un lugar, si no preeminente, sí destacado a los comentarios de texto, que evidentemente implican, de antemano, la lectura de una obra determinada, así como la lectura en general. Pero este avance oficialista se ve taponado por la práctica de una enseñanza de la Historia de la Literatura, en vez de la Literatura en sí. Esta confusión de planos en un mismo programa convierte a la lectura en una ayuda, en vez del soporte de todo el complejo del hecho literario.

Seguimos citando al maestro Dámaso Alonso, que, en pocas palabras, pone el dedo en la llaga y —acertadamente— expresa lo que supone la lectura literaria: "El hombre

interpreta el mundo y se interpreta a sí mismo por medio del lenguaje... Una segunda comprensión se gana por la literatura, por todos los tipos de literatura, desde los arrabales hasta su núcleo." Y así, bajo estas cuestiones previas, nos vamos a enfrentar con el acto de leer, la lectura.

Es comúnmente aceptado que existen épocas, durante la formación de la personalidad, convencionalmente hasta la entrada en la Universidad, de fases lectoras que casi siempre terminan rotas, como una ola, en las inmensas playas de lo inabarcable. Es decir: ante la invasión de torres de libros en los escaparates, ante la producción constante de letra impresa, ante la sospecha de no saber distinguir el arte del negocio, se produce un movimiento retráctil del futuro lector.

El acto de la lectura literaria suprime —provisionalmente— las relaciones del individuo con su universo para construir otros con el universo de la obra. Si la obra literaria es gratuita por excelencia, los pedagogos saben encontrar motivaciones que en su raíz sean también gratuitas. Así pues, podemos decir, con Robert Escarpit (2), que la lectura es un hecho asocial y social al mismo tiempo, porque, a la postre, el aislamiento intelectual que produce la lectura conforma el carácter del hombre que incidirá en su comportamiento social. Si hemos mencionado el concepto de gratuidad como esencial de la literatura es porque nos conduce a enfrentarnos con el texto literario fuera del ámbito de la inteligencia, asentándolo en el placer. Los planteamientos culturales en el campo de la teoría literaria responden a la pregunta

(1) *Literatura y educación*, Madrid, Castalia, 1974.

(2) *Sociología de la literatura*, Barcelona, Oikos-tan Col., ¿qué? ¿?, 1971.

"¿Qué sabemos del texto?", pero dejan al margen la cuestión puramente vital del goce de la lectura del texto.

En un interesantísimo opúsculo de Roland Barthes, titulado *El placer del texto* (3), aborda esta cuestión, aunque de manera informal, dándonos varias claves para una futura investigación del tema. La primera es la similitud con el placer erótico, en el sentido más amplio del término. Así pues, la lectura es algo que involucra biológicamente, en los niveles de apetencia y satisfacción, al lector. Esto supone que es imprescindible dotar al escolar de fuerte aparato crítico que le permita defenderse de todos estos embates contra el libro. Pero hemos de convenir que esto se logra sólo actuando dentro del marco de la más absoluta libertad. En todo caso, se trataría de presentar diversas opciones que suponen intentos por parte del lector. La experimentación lectora sigue un proceso de pequeños proyectos, abandonados en su mayoría a la mitad de camino, de actos de lectura no consumados, y para ello es preciso elegir desde los arrabales literarios hasta la obra maestra.

Así, en ciertas etapas, la anarquía es el mejor método a seguir. Hasta llegar a afirmar por uno mismo: "Me encuentro ante una obra maestra", es preciso recorrer un trecho más o menos largo, subjetivo por excelencia, que permite al final entender y degustar un complejo estético. En este camino los pedagogos deben encontrar fórmulas que permitan la plasmación de unos objetivos a corto plazo, conseguir una personalidad lectora, es decir, abrir la mente y enriquecerse en el mundo de la "Weltliteratur".

Desde un punto de vista sociológico, la motivación de la lectura literaria puede encontrarse en el choque del hombre con el medio.

Así como se habla de la erótica del poder, se podrá hablar de la erótica del leer. Barthes arremete contra el viejo tópico de la izquierda, que rechaza "todo residuo de hedonismo", por sospechoso e inmoral, "en la izquierda (sigue diciendo el autor) el conocimiento, el método, el compromiso, se oponen al simple deleite". En este sentido podemos afirmar que el placer del texto se encuentra reivindicado por unos y rechazado por otros; por esto mismo, el autor concluye: "Es evidente que el placer del texto es escandaloso no por inmoral, sino porque es atópico". En base a estas ideas, desde el punto de vista

pedagógico, se debe luchar contra la frialdad de la ciencia y el estricto análisis ideológico, dejando al margen la ciencia del análisis textual. Por este camino se pueden encontrar motivaciones vitales que induzcan a la lectura y, al mismo tiempo, sean fuente de creaciones personales que se pueden llegar a plasmar en un nuevo texto literario. Evidentemente, esto supone dejar al margen de la vía intelectual, porque el mismo Barthes se pregunta si el conocimiento mismo fuese delicioso. Si no, sería roturar barbechos, cubrir lagunas para conseguir una evolución integral del hombre y el perfeccionamiento de la humanidad.

Hechas estas reflexiones, como punto de partida, vamos a considerar la lectura en el plano de la aplicación.

LA LECTURA EN TRES ETAPAS DE LA EDUCACION

En el excelente libro (en muchos aspectos) *Literatura y educación* (4), Fernando Lázaro Carreter hacía una interesante encuesta a profesores, escritores y críticos de nuestra cultura. En él, todos coincidían en un aspecto sin el cual la Literatura perdía su esencia: la lectura, es decir, el acercamiento directo a los textos.

De aquí, por tanto, nos surge la primera reflexión importante, qué es leer o, mejor dicho, qué es saber leer. La pregunta puede parecer sencilla, y, sin embargo, encierra una serie de complicaciones que nos llevan a intentar profundizar en la respuesta.

Saber leer es, en primer lugar, saber escoger. En nuestra opinión, no se debe leer todo lo que cae en las manos del lector. Pero esto lleva a una consideración importante: planificar —con sentido pedagógico— una serie de lecturas para el muchacho que empieza a enfrentarse con el fenómeno literario. Somos, pues, partidarios de que los alumnos estudien sólo lo esencial de cada período, lo que es aplicable —asimismo— a las lecturas a escoger. Hemos de lograr que lleguen a manos de esos jóvenes lectores las obras que sean interesantes, útiles y —cómo no— atractivas.

En segundo lugar, saber leer es desentrañar, de la mejor manera posible, los elemen-

(3) Madrid, Siglo XXI de España Editores, S. A., 1974.

(4) Opus cit.

tos importantes que se encierran en esas páginas escritas. Aquí, por tanto, no desdeñamos los aspectos filológicos, estilísticos, etc., que conforman tanto su "estructura" como su contenido.

En tercer lugar, por último, saber leer es conservar —no en la memoria— el fruto de nuestras pesquisas, cuestión que abordaremos más adelante.

SEGUNDA ETAPA DE E. G. B.

En los "Objetivos generales de la Educación General Básica", promulgados por el Ministerio de Educación y Ciencia, leemos: "Desarrollo de las capacidades de imaginación, observación, reflexión, análisis, síntesis".

La lectura, sin lugar a dudas, cumple todos y cada uno de estos objetivos. El hecho de que el muchacho observe —a través de las diferentes obras que puede leer— la experiencia real o los hechos imaginados de otra persona —el autor—, le hace experimentar y conocer otros mundos distintos al suyo, que, tal vez, sin haber leído esa obra, nunca hubiera llegado a pergeñar. Al mismo tiempo, para sacar el mayor partido posible al texto, sus dotes de observación deberán agudizarse considerablemente para captar aquellos matices o aquellas situaciones que puedan resultar claves para la comprensión de la obra. Y, por no ser exhaustivos, ni que decir tiene que el análisis y la síntesis son dos aspectos fundamentales en cualquier lectura, tanto de obra literaria como de otro tipo. Hemos de añadir, además, que la capacidad de análisis y síntesis será tanto mayor cuanto más se lea. Por ello, la lectura ayuda a adquirir ambas facetas.

La reflexión, obviamente, es fruto de la profundidad con que se hayan abarcado los diferentes aspectos aquí enunciados.

En general, en todo el planteamiento de este ciclo se pide al alumno que alcance cierto vocabulario, dominio de la ortografía, mejora de su expresión oral y escrita, comprensión de los textos, desarrollo de la sensibilidad estética y una actitud crítica frente a los modos de expresión. Todas estas facetas enumeradas que el alumno debe aprehender, son del todo incomprensibles sin una acertada y amplia planificación de lecturas.

El muchacho debe dar el paso definitivo

de las historietas, tebeos, etc., a libros un poco más serios que le vayan creando hábito y afición, y que, además, le exijan un mayor esfuerzo de comprensión. Con ello tendrá una expresión más rica y su visión del mundo circundante será más amplia y profunda.

B. U. P.

Las lecturas en este período han de ser más numerosas y profundas. Hemos de pretender que el alumno pierda respeto (en el buen sentido de la afirmación) a la letra escrita. Que la lectura sea para él algo apetecible. Que vaya notando —asimismo— que su bagaje cultural aumenta. ¿Cómo conseguir esto?

En primer lugar, es necesario que cada época que el alumno estudie, tenga su parangón en alguna obra representativa de la misma. Nunca debemos dar teorías, reglas, datos, etc., que el alumno no pueda comprender y cimentar por medio de lecturas.

Sin embargo, esto quedaría insuficiente con este método sólo. Hay que relacionar al alumno con las fuentes y el contorno de los fenómenos estudiados. Al entrar, así, otros aspectos ajenos a la materia específica, como la historia, sociología, filosofía, religión, etcétera, debemos estimular las lecturas que ayuden a conformar el tema tratado. Con ello conseguimos que el muchacho amplie sus lecturas y desarrolle la capacidad de análisis y síntesis.

En segundo lugar, hemos de pensar que, en este nivel, el muchacho está más preocupado por los problemas de su alrededor, de su país e incluso de los acontecimientos internacionales. Por ello, hay que conseguir algo que nos parece clave: relacionar la literatura con la vida, cuestión que acrecentará su interés. La literatura puede ser, por tanto, "maestra de la vida", si el educador se plantea, con seriedad, el tema de qué lecturas debe proporcionar a los alumnos. Así, pensamos —como el profesor Lapesa (4 bis)— que la lectura, como base fundamental para el acceso a la Literatura, nunca debe ser sustituida por noticias biográficas, fuentes, relaciones, etcétera, que deberán ser complemento de ese conocimiento y estudio directo de las obras.

(4 bis) Literatura y Educación, opus cit.

En esta etapa, el alumno se enfrentará con la Investigación y con otros métodos científicos (al menos, así debería ser). Aquí hay que procurar la mayor amplitud posible de lecturas, tanto literarias como de lengua, si nos ceñimos al campo de la Filología Hispánica. El alumno debe capacitarse, cada vez más, para enfrentarse con los textos. Debe tener un método de trabajo o formárselo a la mayor brevedad.

Sin embargo, la realidad —en cuanto a la preparación de los alumnos— es, a veces, desoladora. El profesor debe considerar que no toda la culpa es del alumno, sino también de la educación que ha recibido. Debe recordar, también, que su función como educador, es más compleja que el simple hecho de transmitir una serie de conocimientos. Debe, por tanto, ayudar a ese alumno que, a su juicio, jamás debía haber llegado a la Universidad.

Para ello pensamos que la lectura juega una baza importante para facilitar el camino al profesor. Escoger cuidadosamente las lecturas, enseñarles a hacer una serie de fichas de los libros leídos, señalándoles una serie de pautas que le faciliten el trabajo, controlarles con rapidez y efectividad el fruto de su labor, etc.

Desgraciadamente, la experiencia nos avala, unos profesores practican el mismo método elaborado años atrás, otros ni siquiera tienen método y sólo unos pocos se esfuerzan por superarse y se preocupan de los alumnos. Por lo tanto, si el alumno, debe esforzarse por conseguir un método de trabajo eficaz, leer un amplio número de obras y saber sacar partido de ello, el profesor deberá reflexionar profundamente sobre su sistema de enseñanza, evitará la teoría innecesaria y eligirá las lecturas adecuadas para que los alumnos tengan el mayor campo posible de apreciación directa del fenómeno literario.

Sin embargo, todo lo dicho hasta aquí resulta incompleto, como señala —acertadamente— Carlos París (5).

Este excelente crítico habla de la necesidad de ensanchar el campo de estudio de la Literatura: "Por supuesto, los productos del pensamiento puro, el ensayo, la literatura filológica, deben ser encajados en el ámbito de consideración, así como el documento histórico y la literatura historiográfica". Añade otros aspectos poco apreciados en el ámbito

actual de la didáctica de la literatura: "Ahora bien, me parece que hay que dilatar aún más la consideración del objeto literario, o por una parte hacia lo popular y etnográfico; por otra, con la inclusión de las manifestaciones de la creación científica, tanto en el orden de las ciencias humanas como de las ciencias de la naturaleza. También estos mensajes y sus modos de canalización deben interesar a una auténtica historia de la literatura."

Perdónesenos la amplitud de la cita, pero la justifica su importancia.

LA ACTIVIDAD LECTORA (5 bis)

De todo lo dicho anteriormente vamos sacando una conclusión clara: la necesidad de un planteamiento lógico de lecturas.

En primer lugar, la cantidad. En el B. U. P. no se puede permitir que el alumno acabe el curso con dos o tres lecturas obligatorias como máximo. Pero tampoco podemos sobrecargarle con excesivo trabajo, por tres razones: la primera, porque el muchacho tiene otra serie de asignaturas a las que necesita dedicarle tiempo. La segunda, por aquello de que "el que mucho abarca, poco aprieta", es decir, que por querer que el alumno lea muchísimo, impedimos que profundice en lo leído. Y la tercera, por la necesidad de un control pedagógico. Pensando en esto, podríamos señalar unas 25 lecturas por cada curso de B. U. P., además de algunas complementarias, con lo que resultan unas tres por mes, contando —además— con que hay dos vacaciones por medio (en la Universidad, este número podría ser perfectamente doblado, por razones obvias de la especialidad). Con ello conseguiríamos un apreciable número de lecturas al terminar esta etapa de la Educación, lecturas que —a la par— han sido fácilmente controladas, para lo que es necesaria una buena Programación. Para este control pedagógico es imprescindible que el alumno reciba una serie de guías, proporcionadas por el profesor. Es decir, que el alumno tenga en cuenta, al leer un libro, que

(5) *Literatura y Educación*, opus cit.

(5 bis) La actividad en la 1.^a y 2.^a etapa de E. G. B. la consideramos fundamental, pero, por su extensión e importancia, remitimos al lector al interesante y exhaustivo artículo del profesor Eduardo Soler Fierrez, "La literatura infantil en la Escuela" (trata hasta 8.^o de básica), publicado en la revista *Bordón*, Madrid, números 150-151, octubre-noviembre, 1967, tomo XIX.

debe descubrir una serie de notas específicas de la obra en cuestión, además de aportar su visión personal o cualquier otro aspecto —no explicado por el profesor— que él descubra.

En segundo lugar, que el alumno aprenda a confeccionar una serie de fichas, por cada obra, en las que plasme todo aquello que va descubriendo. Decíamos al principio de este trabajo que saber leer era conservar el fruto del trabajo realizado, descartando totalmente la memoria.

Este sistema de fichas es perfectamente aplicable a la Universidad. Es corriente observar que los universitarios no toman notas de los libros leídos, ni siquiera los subrayan. Suponemos que su memoria será asombrosa, ya que, si no, difícilmente sacarán provecho a sus lecturas.

Somos partidarios de que el alumno se acostumbre a usar tipos de fichas como media cuartilla o cartulinas de tamaño similar. Decimos esto por razones de orden y de fácil manejo en el momento adecuado. En la primera fila debe anotar —a modo de índice— todos aquellos aspectos —explicados— que va a tratar de descubrir, añadiendo, después, aquellos otros que le parecen también oportunos.

Escojamos, para entenderlo mejor, a modo de ejemplo, un libro concreto: Arcipreste de Talavera, o Corbacho, de Alfonso Martínez de Toledo (6).

En la primera ficha habrá de anotar los aspectos así:

El Corbacho	
Refranes.	
Uso del ejemplo.	
Cultismos-Popularismos.	
Enrevesamiento (conjunciones).	
Abstracción.	
.....	
Riqueza narrativa.	
Humor.	
.....	
Prejuicios hacia amor mundano.	
Conocimiento psicológico.	
Antifeminismo.	
Moralismo (finalidad del libro).	
Astrología.	
Erudición.	
.....	
Otros aspectos	

Es decir, el título del libro, arriba; a un lado de la ficha y subrayado, y en el lado opuesto, la enumeración de los aspectos a tratar.

Posteriormente, elaborará una ficha por aspecto, que podría quedar así:

El Corbacho	
REFRANES	
Nota introductoria.	
pág. 143	
pág. 150	Finales del capítulo.
pág. 175	
.....	
pág. 81	
pág. 125	
pág. 138	
pág. 139	
pág. 145	
Etc.	
.....	
Conclusión.	

Por supuesto, éste no es un método único ni perfecto, pero, para darnos una idea general, pensamos que podría servir para que los alumnos fijaran su trabajo de un modo provechoso. Con ello conseguimos dos cosas:

1. Fácil control inmediato del profesor sobre el trabajo paulatino de los alumnos.
2. Un modo sencillo y rápido para que éstos repasen, al final de los periodos, el fruto de sus lecturas, frente a un trabajo o una evaluación.

Este —o cualquier otro método— resultaría eficaz a la hora de analizar la labor tanto del profesor como del alumno.

(6) Nos guiamos por la edición de J. González Muela, Madrid, Clásicos Castalia, 1970.